

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, REGIONES Y POSCONFLICTO

Germán Darío Valencia Agudelo*

En 1999 fue invitado por el Instituto de Estudios Regionales –INER– de la Universidad de Antioquia a participar en un equipo multidisciplinario para desarrollar la investigación *Bases estratégicas para el Plan de Desarrollo de la Universidad de Antioquia* en las regiones. La administración universitaria de Jaime Restrepo Cuartas –el rector de aquel momento– había decidido entregar a este Instituto la tarea de hacer un diagnóstico económico, político, social y educativo de las cuatro subregiones de Antioquia donde la Universidad, inicialmente, estaba haciendo presencia (Bajo Cauca, Oriente, Suroeste y Urabá, no incluyendo el Valle de Aburrá).

Para ese año, la Universidad ya figuraba con varios programas descentralizados en estas subregiones. Desde 1995 ofrecía en Turbo (seccional de Urabá), Regencia de Farmacia y Tecnología en Alimentos; y en los años siguientes había ampliado la oferta educativa en municipios como Puerto Berrío (Magdalena Medio), Caucasia (Bajo Cauca), Rionegro (Oriente) y Andes (Suroeste). La intención de la administración universitaria con la investigación era tener un mayor y mejor conocimiento de las subregiones –de aquellos territorios donde quería consolidar y ampliar su presencia– y aportar con su plan de desarrollo al mejoramiento del sistema educativo departamental.

Para realizar esta importante tarea los directivos eligieron al INER. Esta elección se debió principalmente a dos razones: primero, a la gran trayectoria investigativa y al fuerte compromiso que había mostrado el Instituto con los estudios regionales durante los 10 años que llevaba de presencia; y segundo, como una muestra de respaldo institucional, pues varios meses atrás –el 4 de mayo de 1999– había sido asesinado en la oficina 243 del Bloque 9 su director Hernán Henao. Y fue precisamente, a su sucesor, al economista Jesús María Álvarez, a quien se le encargó de continuar este importante proyecto iniciado por Henao y estructurar un gran equipo de trabajo con más de 20 profesionales.

En mi caso, fui asignado al equipo de trabajo del Oriente antioqueño, con la responsabilidad de diagnosticar el componente económico de la subregión. Al dividir este territorio en cuatro zonas (Altiplano, Embalses, Bosques y Páramo) y elegir entre ellas a la primera, la tarea, al principio, pareció relativamente fácil. El Altiplano se caracterizaba desde aquel entonces por tener una buena cantidad y calidad de información sobre lo económico; y además la cercanía y la seguridad que ofrecía la zona permitían realizar con facilidad el trabajo de campo. Sin embargo, a medida que nos alejábamos del Municipio de Rionegro –epicentro de desarrollo de la zona Atiplano– la situa-

* Economista y Mg. En Ciencia Política. Profesor del Instituto de Estudios Políticos, de la Universidad de Antioquia.

ción se complicaba, tanto en la consecución de información como en términos de movilidad y seguridad.

Nos encontramos, por ejemplo, en municipios como El Peñol o Guatapé, pertenecientes a la zona de Embalses –hoy concurridos y bastante visitados–, con habitantes muy aterrorizados con lo que les estaba pasando con el conflicto armado que vivía la región –en lo económico: pueblos semi-abandonados, con calles y locales comerciales vacíos–. Pero la situación más crítica la encontraríamos más tarde, al iniciar el estudio de las zonas de Bosques y Páramos. En la primera zona hacía presencia, desde hacía varios años, el Frente 9 de las Farc, con influencia en Alejandría, Concepción, Cocorná y San Luis; y en la segunda, el Frente 47 –de la misma organización armada– en Argelia, Nariño y Sansón. De allí que la visita a estas regiones apartadas se tomara con mucha cautela y se aplazara constantemente en su recorrido.

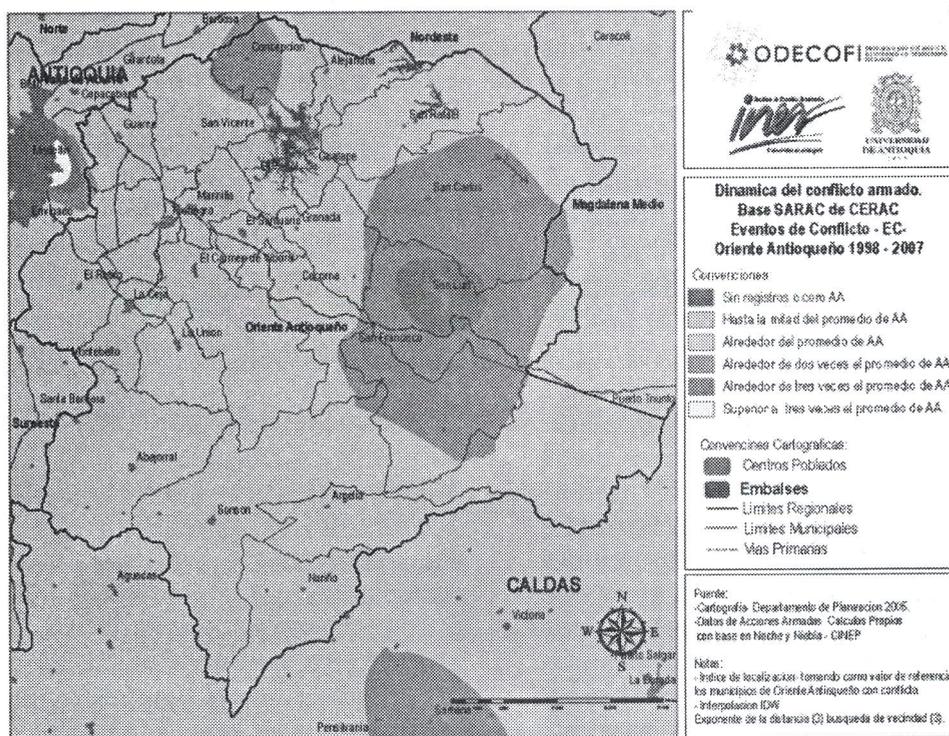
Sin embargo en el equipo de trabajo insistimos en la necesidad de realizar unas visitas de campo; y con mucho esfuerzo, luego de consultar con las autoridades, pudimos llegar al Municipio de Sonsón. Allí el diagnóstico general fue desalentador y muy distinto a la zona de Altiplano. Este municipio del *Lejano Oriente* fue durante la primera mitad del siglo veinte un próspero polo de desarrollo económico y político del departamen-

to, por allí pasaba el progreso de Medellín. Y al finalizar el siglo, por el contrario, se nos presentaba como un lugar atrasado y abandonado a la suerte de lo que pudieran hacer por él los actores del conflicto armado. En el trabajo de campo no fue posible visitar a Nariño, ni Argelia. Influyó, para cancelar la visita, la “Reina”, Elda Neyis Mosquera García, alias Karina, líder del Frente 47 –hoy desmovilizada– y quien era, para ese entonces, la autoridad en la región; ella decidía quién podía moverse, quien entraba o salía de estos municipios.

La visita a la zona de Páramo fue trágica, aunque bastante iluminadora para la investigación. Esta nos permitió tener una visión de conjunto de lo que era en esos momentos el Oriente antioqueño (ver mapa 1). La salida desafortunada de Sonson ayudó al equipo de investigación a construir una imagen más nítida de la situación de conflictividad que vivían los antioqueños. Luego de dos días de cierre de la vía principal hacia Medellín, los investigadores tuvimos que esperar a que las autoridades permitieran la salida del municipio. Aprovechamos la apertura momentánea de dos horas que se hizo un viernes en la tarde y con prisa abordamos en bus. En el camino observamos un paisaje desolador: a lado y lado de la vía, casas devastadas por la crueldad de la guerra, tractores quemados y fachadas cubiertas por letreros alusivos a uno u otro actor de la guerra¹.

1 Fue tal el impacto y la sensibilidad que generó aquel año de investigación en medio del conflicto, que algunos de los miembros del equipo investigador del INER decidimos ese mismo año inscribirnos en la convocatoria que hacía el Instituto de Estudios Políticos de la misma Universidad para estudiar la Maestría en Ciencia Política. Ingresamos a ella en 2000 al menos cuatro investigadores: Clara Inés Aramburo, Juan Carlos Arango, Jaime Correa y quien escribe, Germán Valencia. Trazando esta experiencia investigativa, al menos en mí caso, el rumbo que seguiría en el estudio de las regiones, la conflictividad y los temas del desarrollo.

Mapa 1. Dinámica del conflicto armado. Sarac de Cerac. Eventos armados (EA). Oriente antioqueño, 1998-2007



Fuente: Cartografía. Departamento de Planeación, 2006. Datos de desplazamiento RUPD, recepción 1997-2006, Acción Social, tomado de Espinosa y Valderrama (2011)².

Finalmente se entregó el informe de investigación en el año 2000 a la administración universitaria y posteriormente (en 2004) se publicaron cuatro monografías subregionales, una de ellas, donde participé, llamada *Oriente. Desarrollo Regional: una tarea común universidad-región*. Allí se sugería a la Universidad continuar la línea trabajo que se traía desde hacía cerca de un lustro atrás en las regiones, ampliar la cobertura en las zonas alejadas y crear nuevos programas. Reconocíamos que esta era la mejor forma como la universidad puede aportar

al desarrollo de Antioquia y contribuir de manera decisiva a la construcción de paz en las regiones. La educación superior es y seguirá siendo una muy buena herramienta para atacar las causas que originan la violencia y ayudar a tramitar de manera pacífica los conflictos.

Y aunque nos encontramos en la investigación con algunas voces críticas del programa de regionalización, decidimos hacer caso omiso y recomendar tanto a la Universidad como a la Gobernación de Antioquia la profundización del mismo.

2 Espinosa, Nicolás; Valderrama, Daniel. (2011). Pasos metodológicos para el análisis cuantitativo y cartográfico del conflicto armado en Colombia. Un estudio de caso. *Estudios Políticos*, 39, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, (pp. 196-230).

Aquellos detractores argumentaban, por ejemplo, que era demasiado costoso la presencia de la Universidad de Antioquia en las subregiones; que era más eficiente traer de las regiones a los jóvenes interesados en educarse en ella y becarlo en Medellín, que llevar los profesores y las tecnologías a los municipios de origen. Afortunadamente pudo más el criterio de equidad y compromiso ético-político con las regiones que el criterio eficientista que defendían los detractores.

Los frutos de aquella apuesta inicial se están recogiendo hoy. La Universidad de Antioquia se ha ampliado a muchas otras subregiones: ahora acompaña al ramillete inicial las sedes de Occidente (Santa Fe de Antioquia), del Norte (Yarumal) y del Nordeste (Amalfi y Segovia). La oferta de programas supera en la actualidad las tres docenas; incluso se ofrecen programas únicos para varios territorios, al igual que maestría y doctorados. Nueva y modernas sedes se construyen cada día y se les da autonomía para que cojan vuelo y se desprendan académicamente del pensamiento de la sede Medellín. Más de seis mil graduados se han conseguido en veinte años. Y el hecho de que aproximadamente el 60% de los egresados se quede en las regiones, ejerciendo su profesión, ha callado una vez más a las voces eficientistas que en aquel momento cuestionaban el programa.

Con satisfacción, por ejemplo, observé nueve años después, cuando volví a la Subregión de Páramo, en la sede de Sonson, que la situación había cambiado mucho. El 16 de junio de 2008 fui invitado por la Alcaldía Municipal a participar

de un Foro Educativo sobre los *Determinantes del desempeño escolar y calidad de la educación*. Allí me di cuenta de la transformación que estaba generando la presencia de la Universidad en la región. El conflicto armado había pasado a un segundo o tercer plano y ahora el problema era explicar por qué los jóvenes del municipio no lograban aprobar el examen de admisión de ingreso a la Universidad³. Este era para mí un claro ejemplo del efecto que estaba teniendo la Universidad en el Oriente Lejano. Había logrado transformar las preocupaciones locales de conflictividad y violencia política; ahora el interés estaba puesto en cómo deberían actuar los actores del sistema educativo (profesores, directivos, padres de familia y estudiantes, entre otros) para lograr aprovechar las oportunidades educativas que ofrecía la Universidad de Antioquia en la Sede Sonsón.

De esta manera, y luego de veinte años de trabajo y presencia de la Universidad en las regiones, hay que entender y defender que la mejor acción que se puede hacer la Universidad en las subregiones es continuar ampliando y mejorando las oportunidades de formación de los jóvenes y habitantes del territorio. De esta manera se puede atacar las causas objetivas y subjetivas de la violencia y tratar de evitar la recaída y profundización del conflicto. La educación abre puertas, ofrece oportunidades y permite que los jóvenes y habitantes de las subregiones antioqueñas encuentren otras opciones, distinta a las que ofrece la ilegalidad y la criminalidad, para aumentar el bienestar personal, familiar y social.

3 La preocupación del Foro se centraba en que los programas de regionalización ofrecían una cantidad de cupos, los aspirantes se inscribían y presentaban el examen, pero dado el punto de corte la gran mayoría de estudiantes no pasaban la prueba, convirtiendo finalmente esta situación en un problema tanto para la población como para la misma Universidad de Antioquia.